

fineza, y le mando á usted, por mano del amigo D. Plácido, ese *mono del Cielo* que su esposo de usted me dió á mí equivocadamente...» No, no: borre usted el *equivocadamente*; ponga: «que me lo dió á mí robándoselo á usted...» No, D. Plácido, así no, eso está muy mal... porque yo lo tuve... yo, y á ella no se le ha quitado nada. Lo que hay es que yo se lo quiero dar, porque sé que ha de quererle, y porque es mi amiga... Escriba usted: «Para que se consuele de los tragos amargos que le hace pasar su maridillo, ahí le mando al verdadero *Pituso*. Este no es falso; es legitimo y *natural*, como usted verá en su cara. Le suplico...»

—«Le suplico...»

—Usted póngalo todo muy clarito, D. Plácido; yo le doy la idea. Pues «le suplico que le mire como hijo y que le tenga por *natural* suyo y del padre... Y mande á su segura servidora y amiga, que besa su mano...» ¿Qué tal? ¿Está con finura?... Ahora veremos si puedo echar mi nombre... Me tiembla mucho el pulso... Traígame la pluma...

Puso un garabato, y luego mandó á Estupiñá abriese la cómoda y sacara la inscripción de las acciones del Banco. Después de revolver mucho, fué encontrado el documento. «Eso—dijo Fortunata—se lo da usted á mi amiga doña Guillermina.»

—Pero no vale sin transferencia—replicó el hablador examinando el papel.

—¿Sin qué?

—Sin transferencia en toda regla.

—Pamplinas. Es mío, y yo lo puedo dar á quien quiera. Coja usted la pluma, y ponga que es mi voluntad que esas acciones sean para doña Guillermina Pacheco. Le echaré muchas firmas debajo, y verá si vale.

Aunque Estupiñá no creía válida aquella manera de testar, hizo lo que se le mandaba.

—Ahora, amigo—dijo ella, perdiendo gradualmente el uso de la palabra,—coja usted á mi hijo y lléveselo... ¡Ay!, déjemelo besar otra vez... Aguarde á que me muera... No; lléveselo antes de que venga mi tía, ó mi marido, ó doña Lupe... gente mala. Pueden venir, y ya ve usted... qué compromiso. No me dejarán hacer mi gusto, me enfadaré, y no me moriré tan santamente... como quiero morir.

No dijo más. Plácido, acercándose á contemplarla, se asustó extraordinariamente. Creyó que estaba muerta ó que le faltaba poco para morir; mandó á Encarnación en busca de Segunda y de José Izquierdo, y cogiendo la cesta en que Juan Evaristo dormía, la puso en la sala. «No me determino á llevármelo—pensó el buen viejo.—Pero al mismo tiempo, si esos brutos se empeñan en impedirme que me lo lleve... ¡Ah!, no; yo cargo con él, y que tiren por donde quieran.» Cogió la cesta, y bajándola á su casa con toda la rapidez que le permitían sus piernas, no

muy fuertes; azorado como ladrón ó contrabandista, volvió á subir y se aproximó á la enferma, mirándola tan de cerca, que casi se tocaban cara con cara. «Fortunata... *Pitusa*», murmuró, echando *talmente* la voz en el oído de la joven. A la tercera ó cuarta llamada Fortunata movió ligeramente los párpados, y desplegando los labios, apenas dijo: «*Nene...*»

XIV

—¡Caracoles, esta mujer se va!... ¡Y yo solo aquí con ella, y el crío allá abajo! ¡Van á decir que le he robado! Anda, los ladrones serán ellos. Que digan lo que quieran. ¿A mí, qué? Les presento el papelito firmado por ella, y en paz. ¡Pobre mujer! (contemplándola horrorizado). ¡Virgen del Carmen, si se va en sangre!... Pero esta gentuza, ¿cómo es que la abandona así? ¿No vieron el peligro? Y ese médico, ¿en qué está pensando?... ¡Qué compromiso! ¿Y qué le daría yo?... Aquí hay medicinas; se las daré. Pero ¿y si me equivoco? Cuidado con las drogas, Plácido, y no hagas una barbaridad. Esperaremos. ¡Pero qué... si cuando vengan ya estará ella en el otro barrio! Dios la perdone y le dé lo que más le convenga... Es preciso tratar de animarla... (hablándole al oído). Fortunata, Fortunatita, abra us-

ted los ojos, y no se nos muera así tan tontamente... Le traeré el Viático, siquiera la Santa Unción... ¡Eh, hija, chica!... Quiá, no se entera... Esto está perdido. Hija mía, piense usted en Dios y en la Santísima Virgen; invóqueles en esta hora tremenda, y la ampararán... Nada, como si le hablaran en griego; no oye, ó es que está tan aferrada á la maldad que no quiere que se le hable de religión. Voy á tocar otro registro (con malicia). Fortunata, buena moza, mire usted quién está aquí... despierte y verá... ¿No le conoce? Es aquel sujeto, el Sr. D. Juanito, que viene á ver á su... dama... Mírele, mírele tan afligido de verla á usted malita. (Hablando para sí.) ¡Cómo se sonríe la picarona! ¡Ah, está dañada hasta el tuétano! Abre los ojos y le busca con las miradas. Es como los borrachos, que aunque estén expirando, si les nombran vino, parece que resucitan... ¡Como no se salve ésta! Al infierno se va de cabeza... Vean qué manera de arrepentirse. Le nombro á Nuestro Divino Redentor y á María Santísima del Carmen, y como si tal cosa... Sorda como una tapia. Pero le nombro al señorete, y ya la tiene usted tan avispada, queriendo vivir; y sin duda con intenciones de pecar. ¡Ah, cualquier día se salva ésta!... Me parece que sube ya la tía. Oigo sus resoplidos, como los de una loba marina... Sí, aquí vienen (saliendo al pasillo y hablando con Segunda, que subía sofocadísima, precedida de Encarnación).

¡Vaya una calma que tiene usted! Se ha puesto muy mala, pero muy mala.

Apenas entró en la alcoba, Segunda empezó á dar gritos: «¡Hija de mi alma, me la han matado, me la han asesinado! ¡Ay, qué carnicería! ¡Cómo está!... ¡Me la han matado!... ¿Y el niño? ¡Nos le han robado, nos le han robado!...»

—Atienda á su sobrina, y vea si la puede salvar—dijo Estupiñá cogiéndola por un brazo,— y déjese de asesinatos, y de robos de hijos, y no sea usted mamarracho.

—Niña de mi alma... ¿pero qué? Fortunata... ¿te han matado, ó qué es esto? A ver, cordera, ¿tienes heridas? *Paice* que te han dado cien puñaladas... Pero estás viva. Cuéntame qué ha sido, ¿quién ha sido? ¿Y tu niño, nuestro niño, dónde está? ¿Te lo quitaron?...

—Llame usted al médico—indicó Plácido con ira.—¿Dónde vive? Yo le avisaré... Y no se cuide del niño, que está mejor que quiere y nada le falta.

—¿Pero dónde está?... D. Plácido, D. Plácido—exclamó Segunda, descompuesta y furiosa;—me parece que va usted á ir al palo... Voy á dar parte á la justicia. Usted es un foragido, sí, señor, no me vuelvo atrás... Usted nos ha birlado á la criatura.

—¡Atiza!... ¡Pero mujer de Barrabás (retirándose por miedo á que Segunda le sacara los ojos).

¿Quiere usted callarse? ¿No ve que su sobrina se muere?

—Porque usted me la ha matado, so verdugo, caribe, usted, usted.

—Dale con gracia... Habrá que ponerle un bozal. Voy á avisar á la Casa de Socorro.

—Á la cárcel... es donde tiene que ir usted.

Y en aquel momento entró José Izquierdo, á quien su hermana quiso incitar para que acometiese el bueno de Estupiñá. *Platón* vacilaba, no dando á Segunda todo el crédito que ésta creía merecer.

—Ea, que me voy cargando... y quien va á traer el juez soy yo —afirmó el anciano, dando una patada.—El chico está donde debe estar, y bien saben que yo no miento. Y si no, pregúntenle á su madre.

—Hija de mi vida—chillaba Segunda, abrazando y besando á su sobrina, que si no era ya cadáver, lo parecía.—Dinos lo que te han hecho, dímelo, corazón. ¡Ay, qué dolor de hija!...

—Usted—dijo Plácido á Izquierdo autoritariamente—corra á llamar á ese señor boticario que suele venir, el que ahora la protege. Yo avisaré á otra persona, y vamos á escape, que la muerte nos coge la delantera.

Se escabulló sin esperar la opinión de Segunda. *Platón*, comprendiendo por instinto antes que por criterio que las órdenes de Estupiñá

eran más prácticas que las de la placera, salió y fué presuroso á la calle del Ave Maria.

La primera persona que llegó á la casa fué Guillermina, á quien Plácido enteró por el camino de cuanto había ocurrido. Subiendo la escalera, la santa dijo á su sacristán: «Entre usted en su casa á esperar á Jacinta, que vendrá en seguida. Advírtale que no quiero que suba. En cuanto pueda bajaré yo. Á Jacinta, que no se mueva de aquí y me aguarde.»

Cuando la fundadora entró, la enferma continuaba en el mismo estado. Segunda, llena de consternación, no hablaba ya de asesinato, y aunque no acababa de comprender el *robo del chiquillo*, no se atrevió á mentarlo ante la señora casera. Había intentado hacerle tomar á Fortunata fuertes dosis de *ergotina*; pero no pudo conseguirlo. Apretaba los dientes, y no había medio de traerla á la razón. Guillermina tuvo más suerte, ó puso en ejecución mejores medios, porque logró hacerle beber algo de aquel eficaz medicamento. Hubo gran barullo, aplicación precipitada de remedios diferentes, externos é internos. La santa y la placera, ambas con igual ardor, trabajaron por atajar la vida, que se iba; pero la vida no quería detenerse, y ante la ineficacia de sus esfuerzos, las dos mujeres se pararon rendidas y desconsoladas. Fortunata miraba con expresión de gratitud á su amiga, y cuando ésta le cogía la mano, trataba de hablar-

le; pero apenas podía articular algún monosílabo. Calladas, se hablaron mirándose.

—El padre Nones va á venir—dijo la santa;—le mandé recado al salir de casa. Prepárese usted, hija mía, poniendo el pensamiento en Nuestro Señor Jesucristo; y como le pida perdón de sus pecados con verdadera contrición, se lo dará. ¿Se lo ha pedido usted?

Fortunata dijo que sí con la cabeza.

—Mi amiguita se ha enterado del regalo que usted le ha hecho, y está tan agradecida. Ha sido un rasgo feliz y cristiano.

En las nieblas que envolvían su pensamiento, la infeliz joven, al oír aquello del *rasgo*, se acordó de Feijóo y de sus prohibiciones; pero este recordó no la hizo arrepentirse de su acción.

—Jacinta me encarga que dé á usted las gracias. No le guarda ningún rencor. Al contrario; usted ha sabido arreglarse para dejar buena memoria de sí. Además, ella es de las pocas personas que saben perdonar. Imítela usted ahora, que no le vendría mal en este instante sofocar sus pasiones, amar á sus enemigos y hacer bien á los que la aborrecen. Hija mía (abrazándola), ¿ha perdonado usted al hombre que tiene la culpa de todos sus males y que la ha arrastrado tantas veces al pecado?

Fortunata dijo que sí con la cabeza, y sus miradas daban á entender que aquel perdón

era de los fáciles, porque el amor andaba de por medio.

—¿Perdona usted también á esa mujer de quien se suponía ofendida, y á quien usted ofendió de palabra y de obra, con ó sin motivo?»

Este perdón sí que era de los duros. Callóse la santa observando á la diabla intranquila. Ésta tenía la cabeza echada hacia atrás, moviéndola sobre la almohada con cierta inquietud, y sus miradas vagaban por el techo.

—¿Qué, duda usted?... Pues Dios, para perdonarnos, necesita saber si perdonamos nosotros antes. ¿Para qué quiere usted ahora ese odio mezquino? ¿De qué le sirve? De peso para impedirle subir al cielo. Hay que arrojar ese plomo (abrazándola con más cariño). Amiguita, hágalo por mí, por *el mono del Cielo*, que debe quedar aquí rodeado de bendiciones, no de maldiciones.

Fortunata se estremeció desde el cabello hasta los pies... Su respiración fatigosa indicaba el afán de vencer las resistencias físicas que entorpecían la voz. «No necesita usted hablar—le dijo la santa;—basta que manifieste su intención respondiéndome con la cabeza. ¿Perdona usted á Aurora?...» La moribunda movió la cabeza de un modo que podría pasar por afirmativo; pero con poco acento, como si no toda el alma, sino una parte de ella, afirmase.

—Más, más claro.

Fortunata acentuó un poquitito más, y sus ojos se humedecieron.

—Así me gusta.

Entonces resplandeció en la cara de la infeliz señora de Rubín algo que parecía inspiración poética ó religioso éxtasis, y vencida maravillosamente la postración en que estaba, tuvo arranque y palabras para decir esto: «Yo también... ¿No lo sabe usted?... soy ángel...»

Y algo más expresó; pero las palabras volvieron á ser ininteligibles, y en la cara le quedó una expresión de dicha inefable y reposada. La santa estuvo un instante sin saber qué actitud tomar.

—¡Ángel!... si—dijo al fin,—lo será, si se purifica bien. Amiga querida, es preciso prepararse con formalidad. El padre Nones va á venir, y él le dará á usted consuelos que yo no puedo darle... Ahora recuerdo que usted tenía una idea maligna, origen de muchos pecados. Es preciso arrojarla y pisotearla... Busque, rebusque bien en su espíritu y verá cómo la encuentra; es aquel disparate de que el matrimonio, cuando no hay hijos, no vale... y de que usted, por tenerlos, era la verdadera esposa de... Vamos (con extraordinaria ternura), reconozca usted que semejante idea era un error diabólico á fuerza de ser tonto, y prométame que ha de renegar de ella y que no la olvidará cuando el amigo Nones la confiese. Mire usted

que si se la lleva consigo le ha de estorbar mucho por allá.

La *Pitusa* no expresaba nada, por lo cual su fervorosa amiga volvía al ataque con más brío y pasión: «Fortunata, hija mía, por el cariño que me tiene y que yo no me merezco, por el que yo le he tomado y que le conservaré toda mi vida, le pido que se arranque esa idea y la arroje aquí, como si fuera un adorno de los que se ponen las pecadoras, un lunar postizo, un colorete. Eso no sirve allá, como no le sirva al demonio para hacer de las suyas... Se la arranca usted, ¿sí ó no? Hágalo por mí, para que yo me quede tranquila.»

Fortunata volvió á tener la llamarada en sus ojos, al modo de un reflejo de iluminación cerebral, y en su cuerpo vibraciones de gozo, como si entrara alborotadamente en ella un espíritu benigno. La voluntad y la palabra reaparecieron, pero sólo fué para decir: «Soy ángel... ¿no lo ve?...»

—Ángel, sí; bueno, esa convicción me gusta (con inquietud). Pero yo quisiera...

Interrumpió á la señora la aparición del padre Nones, que no cabía por la puerta y tuvo que inclinarse para poder entrar. Toda la estancia se llenó de una negrura triste y severa. «Aquí estoy, *maestra*», dijo el anciano, y la dama se levantó para dejarle el asiento. Algo susurraron los dos antes de que ella se retirara. Nones ha-

bló cariñosamente á la enferma, que le miraba con empañados ojos, sin dar ninguna respuesta á sus palabras... Por fin echó una voz que parecía infantil, voz quejumbrosa y dolorida, como de una tierna criatura lastimada. Lo que Nones creyó entender entre aquellas articulaciones de indefinible sentimiento fué esto: «¿No lo sabe?... soy ángel... yo también... *mona del Cielo*.»

Y siguió su exhortación el cura, diciendo para sí: «Trabajo perdido... cabeza trastornada.»

Y en alta voz: «Ángel, sí; pero es preciso, hija mía, confesar la fe de Cristo, consagrar á ella nuestros últimos pensamientos y pedirle con el corazón que nos perdone. Es tan bueno, tan bueno, que no niega su amparo á ningún pecador que se llegue á Él, por empedernido que sea... Lo principal es tener un interior puro, un...»

La miró alarmado. ¿Había dicho algo? Sí; pero Nones no pudo enterarse. Fué sin duda aquello de *soy ángel*, y luego inclinó la cabeza como quien se va á dormir. El sacerdote la miró más de cerca, y en alta voz dijo: «Maestra, maestra, venga usted.»

Entró Guillermina y ambos la observaron.

«Creo—dijo Nones—que ha concluido. No ha podido confesar... Cabeza trastornada... ¡Pobrecita! Dice que es ángel... Dios lo verá...»

La maestra y el cura se pusieron á rezar en voz alta. Segunda empezó á escandalizar, y en

aquel momento llegaba Segismundo, quien sabedor en la escalera de lo que ocurría, entró en la casa y en la alcoba más muerto que vivo.

XV

Mientras estuvo allí el padre Nones Ballester se mantuvo en una actitud consternada, contemplando el lastimoso cuadro con el respeto que infunden los muertos, y encerrando su dolor en una compostura que tenía cierta corrección. Pero cuando no quedaron allí más testigos que la santa y Segunda, el buen farmacéutico creyó que no tenía para qué sujetar la onda impetuosa que del corazón le salía, y llegándose al cuerpo todavía caliente de su infeliz amiga, la abrazó y estampó multitud de besos en su frente y mejillas.

«¡Ah!, señora—dijo á la fundadora, secándose las lágrimas;—veo que se asombra usted de... de verme llorar así, y de estas demostraciones... Es que yo la quería mucho... era mi amiga... iba á ser mi querida... digo... no, dispense usted, éramos amigos... Usted no la conocía bien; yo sí... Era un ángel... digo, debía serlo, podría serlo; dispense usted, señora, no sé lo que me digo, porque me ha llegado al alma esta desgracia. No la esperaba... Ha sido un descuido. Ella misma, con los disparates que hacía... porque era de

estos ángeles que hacen muchos disparates... ¿me entiende usted?... ¡Pobre mujer... tan hermosa y tan buena!... La hemorragia ha provenido sin duda de no haberse verificado la involución... Me lo temía... La salida antes de tiempo, la agitación moral... Añada usted descuidos, falta de asistencia, de vigilancia y de una autoridad que se le hubiera impuesto. ¡Ah!, si yo hubiera estado aquí. Pero no podía, no podía. Mis obligaciones... ¡Ah!, señora, crea usted que tengo el corazón destrozado, y que tardaré, tardaré en consolarme de esta pesadumbre... Le había tomado yo tanto cariño, que á todas horas la tenía en el pensamiento. Mi destino me ligaba á ella, y hubiéramos sido felices, sí, felices, créalo usted... Nos habríamos ido á otro país, á un país lejano, muy lejano. Con permiso de usted, la voy á besar otra vez. No la había besado nunca. No me atrevía; ni ella lo habría consentido, porque era la persona más honrada y honesta que usted puede imaginar.»

Guillermina sentía tanto asombro como lástima ante las demostraciones de aquel buen hombre que con tanta franqueza se expresaba. Poco á poco fué tomando el dolor de Segismundo acentos más tranquilos, y sentado á la cabecera del lecho mortuario habló con la santa de un asunto que necesariamente y por la fuerza de la realidad se imponía.

—¡Ah!, no, señora; dispense usted. Los gastos

del entierro los pago yo. Quiero tener esa satisfacción. No me la quite usted, por Dios...

—Pero, hijo—replicó la fundadora,—si usted es un pobre. ¿Qué necesidad tiene de ese gasto? Si no hubiera más remedio, muy santo y muy bueno. Pero no sea usted tonto y guarde su dinero, que bastante falta le hace. Esta obligación la pagará quien debe pagarla, y no digo más: al buen entendedor...

No dándose por vencido, Ballester persistió en su idea; pero Guillermina hubo de machacar tanto, que al fin se la quitó de la cabeza. Segunda y sus dos compañeras de plazuela amartajaron á la infeliz señora de Rubin, y en tanto el farmacéutico se ocupaba con incansable actividad en los preparativos del entierro, que debía de ser á la mañana siguiente. En todo aquel día no abandonó la casa mortuoria. Al mediodía estaba solo en ella, y el cuerpo de Fortunata, ya vestido con su hábito negro de los Dolores, yacía en el lecho. Ballester no se saciaba de contemplarla, observando la serenidad de aquellas facciones que la muerte tenía ya por suyas, pero que no había devorado aún. Era el rostro como de marfil, tocado de manchas vinosas en el hueco de los ojos y en los labios, y las cejas parecían aún más finas, rasgueadas y negras de lo que eran en vida. Dos ó tres moscas se habían posado sobre aquellas marchitas facciones. Segismundo sintió nuevamente deseos de besar á

su amiga. ¿Qué le importaban á él las moscas? Era como cuando caían en la leche. Las sacaba, y después bebía como si tal cosa. Las moscas huyeron cuando la cara viva se inclinó sobre la muerta, y al retirarse tornaron á posarse. Entonces Ballester cubrió la faz de su amiga con un pañuelo finísimo.

Guillermina volvió más tarde. Subía del cuarto de Plácido para decir á Ballester algo referente al entierro. Un rato hablaron, y como ella se mostrase recelosa de que el marido de la difunta fuese por allá y armara un escándalo, el farmacéutico la tranquilizó diciéndole: «No tema usted nada. Esta mañana hemos conseguido encerrarle. Está furioso el infeliz, y costó Dios y ayuda quitarle un maldito revólver que ha comprado, y con el cual quiere fusilar á las pobres *Samaniegas* y á otra persona que suele pasear por el barrio. La célebre doña Lupe estaba con el alma en un hilo. Acudimos Padilla y yo, y con gran trabajo pudimos desarmar al filósofo y encerrarle en su cuarto, donde quedó dando cabezadas contra las paredes y pegando unos gritos que se oían desde la calle.»

—Ya lo dije yo. Tanta y tanta lógica tenía que parar en eso... Conque ya sabe usted. A las diez habrá misa y responso en el cementerio. Y se ha dispuesto, por quien debe hacerlo, que el entierro sea de primera, coche de lujo con seis

caballos; irán los niños del Hospicio... Usted dirá que esta ostentación no viene al caso.

—No, yo no digo nada.

—No tendría nada de particular que lo dijera, porque á primera vista es absurdo. Pero la complicación de causas trae la complicación de efectos, y por eso vemos en el mundo tantas cosas que nos parecen despropósitos y que nos hacen reir. Vea usted por qué yo profeso el principio de que no debemos reirnos de nada, y que todo lo que pasa, por el hecho de pasar, ya merece algo de respeto. ¿Se va usted enterando?

Algo más iba á decir; pero entró Plácido, sombrero en mano, y con ciertos aires de ayudante de campo anunció á su generala que había llegado doña Bárbara.

Bajó, pues, la santa, y encontró á su amiga un poco adusta, observando los cariñosos extremos de Jacinta con aquel canario de alcoba que estaba en su poder, como si se lo hubiera encontrado en la calle ó se lo hubieran puesto en una cesta á la puerta de su casa. Algo le decían también á la señora de Santa Cruz las facciones del chiquitín; pero escarmentada y previsora, se contenía por no incurrir en la ridiculez de un chasco semejante al de marras. Estaba, pues, la señora indecisa, sin resolverse á entusiasmarse; y las razones que Guillermina le dió para convencerla no la sacaron de aquella actitud reservada y suspicaz. Los afectos que se desbordaban

del corazón de la Delfina eran combinación armoniosa de alegría y de pena, por las circunstancias en que aquella tierna criatura había ido á sus manos. No podía apartar su pensamiento de la persona que un poco más arriba, en la misma casa, había dejado de existir aquella mañana, y se maravillaba de notar en su corazón sentimientos que eran algo más que lástima de la mujer sin ventura, pues entrañaban tal vez algo de compañerismo, fraternidad fundada en desgracias comunes. Recordaba, sí, que la muerta había sido su mayor enemiga; pero las últimas etapas de la enemistad y el caso increíble de la herencia del *Pituso*, envolvían, sin que la inteligencia pudiera desentrañar este enigma, una reconciliación. Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla á orilla, con intención y deseos de darse un abrazo.

Las tres señoras dijeron á un tiempo: «¿y qué hacemos ahora?» Entablóse discusión breve sobre el punto á que llevarían aquella adquisición preciosa. Guillermina cortó las dificultades, proponiendo que le llevaran á su casa. Se dieron órdenes á Estupiñá para que fuesen conducidas también al domicilio de la santa las tres mujeres, entre las cuales sería elegida á toda conciencia la que había de criar al *mono del Cielo*.

Por la noche de aquel célebre día hubo en

la casa de Santa Cruz una escena memorable. Jacinta y su suegra cogieron por su cuenta al Delfín y le pusieron en duro compromiso, refiriéndole lo ocurrido, mostrándole la carta redactada por Estupiñá y obligándole (con lastimoso desdoro de su dignidad) á manifestarse sinceramente consternado, pues el caso no era para puesto en solfa, ni para rehuído con cuatro frases y un pensamiento ingenioso. Había faltado gravemente, ofendiendo á su mujer legítima, abandonando después á su cómplice, y haciendo á ésta digna de compasión y aun de simpatía, por una serie de hechos de que él era exclusivamente responsable. Por fin, Santa Cruz, tratando de rehacer su destrozado amor propio, negó unas cosas, y otras, las más amargas, las endulzó y confitó admirablemente para que pasaran, terminando por afirmar que el chico era suyo y muy suyo, y que por tal lo reconocía y aceptaba, con propósitos de quererle como si le hubiera tenido de su adorada y legítima esposa.

Cuando se quedaron solos los Delfines, Jacinta se despachó á su gusto con su marido; y tan cargada de razón estaba y tan firme y valerosa, que apenas pudo él contestarle, y sus triquiñuelas fueron armas impotentes y risibles contra la verdad que fluía de los labios de la ofendida consorte. Ésta le hacía temblar con sus acerbados juicios, y ya no era fácil que el habilido-

so caballero triunfara de aquella alma tierna, cuya dialéctica solía debilitarse con la fuerza del cariño. Entonces se vió que la continuidad de los sufrimientos había destruido en Jacinta la estimación á su marido, y la ruina de la estimación arrastró consigo parte del amor, hallándose por fin éste reducido á tan miserables proporciones, que casi no se le echaba de ver. La situación desairada en que esto le ponía, inflamaba más y más el orgullo de Santa Cruz; y ante el desdén no simulado, sino real y efectivo, que su mujer le mostraba, el pobre hombre padecía horriblemente, porque era para él muy triste que á la víctima no le doliesen ya los golpes que recibía. No ser nadie en presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio á que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. Y era tal su confianza en la seguridad de aquel refugio, que al perderlo experimentó por vez primera esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida; sensación que en plena juventud equivale al envejecer, en plena familia equivale al quedarse solo, y marca la hora en que lo mejor de la existencia se corre hacia atrás, quedando á la espalda los horizontes que antes estaban por delante. Claramente se lo dijo ella, con expresiva sinceridad en sus ojos, que nunca engañaban: «Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan

nada.» Esto no era palabrería, y en las pruebas de la vida real, vió el Delfín que aquella vez iba de veras.

Durante algún tiempo el *Delfinito* siguió en casa de Guillermina, donde estaba la nodriza, hasta que enteraron de todo á D. Baldomero, y se le pudo llevar á la casa patrimonial. Jacinta vivía consagrada á él en cuerpo y alma, y tenía la satisfacción de que todos en la casa le querían, incluso su padre. A solas con él, la dama se entrenía fabricando en su atrevido pensamiento edificios de humo con torres de aire y cúpulas más frágiles aún, por ser de pura idea. Las facciones del heredado niño no eran las de la otra: eran las suyas. Y tanto podía la imaginación, que la madre putativa llegaba á embelarse con el artificioso recuerdo de haber llevado en sus entrañas aquel precioso hijo, y á estremecerse con la suposición de los dolores sufridos al echarle al mundo. Y tras estos juegos de la fantasía traviesa, venía el discurrir sobre lo desarregladas que andan las cosas del mundo. También ella tenía su idea respecto á los vínculos establecidos por la ley, y los rompía con el pensamiento, realizando la imposible obra de volver el tiempo atrás, de mudar y trastocar las calidades de las personas, poniendo á éste el corazón de aquél y á tal otro la cabeza del de más allá, haciendo, en fin, unas correcciones tan extravagantes á la obra total del mundo, que se

reiría de ellas Dios si las supiera, y su vicario con faldas, Guillermina Pacheco. Jacinta hacía girar todo este ciclón de pensamientos y correcciones alrededor de la cabeza angélica de Juan Evaristo; recomponía las facciones de éste, atribuyéndole las suyas propias, mezcladas y confundidas con las de un ser ideal, que bien podría tener la cara de Santa Cruz, pero cuyo corazón era seguramente el de Moreno... aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido... vivir todavía, no estar gastado ni enfermo y tener la misma cara que tenía el Delfín, ese falso, mala persona... «Y aunque no la tuviera, vamos, aunque no la tuviera... ¡Ah!, el mundo entonces sería como debía ser, y no pasarían las muchas cosas malas que pasan...»

XVI

En el entierro de la señora de Rubín contrastaba el lujo del carro fúnebre con lo corto del acompañamiento de coches, pues sólo constaba de dos ó tres. En el de cabecera iba Ballester, que por no ir solo se había hecho acompañar de su amigo el crítico. En el largo trayecto de la Cava al cementerio, que era uno de los del Sur, Segismundo contó al buen Ponce todo lo que sabía de la historia de Fortunata, que no

era poco, sin omitir lo último, que era sin duda lo mejor; á lo que dijo el eximio sentenciador de obras literarias que había allí elementos para un drama ó novela, aunque, á su parecer, el tejido artístico no resultaría vistoso sino introduciendo ciertas urdimbres de todo punto necesarias para que la vulgaridad de la vida pudiese convertirse en materia estética. No toleraba él que la vida se llevase al arte tal como es, sino aderezada, sazónada con olorosas especias y después puesta al fuego hasta que cueza bien. Segismundo no participaba de tal opinión, y estuvieron discutiendo sobre esto con selectas razones de una y otra parte; quedándose cada cual con sus ideas y su convicción, y resultando al fin que la fruta cruda bien madura es cosa muy buena, y que también lo son las compotas, si el repostero sabe lo que trae entre manos.

En esto llegaron y se dió tierra al cuerpo de la señora de Rubín, delante de las cuatro ó cinco personas acompañantes, las cuales eran: Segismundo y el crítico, Estupiñá, José Izquierdo y el marido de una de las placeras amiga de Segunda. Ballester, afectadísimo, hacía de tripas corazón, y se retiró el último. De regreso á Madrid, en el coche, llevaba fresca en su mente la imagen de la que ya no era nada. «Esta imagen—dijo á su amigo—vivirá en mí algún tiempo; pero se irá borrando, borrando, hasta que enteramente desaparezca. Esta presunción de un ol-

vido posible, aun suponiéndolo lejano, me da más tristeza que lo que acabo de ver... Pero tiene que haber olvido, como tiene que haber muerte. Sin olvido, no habría hueco para las ideas y los sentimientos nuevos. Si no olvidáramos no podríamos vivir, porque en el trabajo digestivo del espíritu no puede haber ingestión sin que haya también eliminación.»

Y más adelante: «Mire usted, amigo Ponce: yo estoy inconsolable; pero no desconozco que, atendiendo al egoísmo social, la muerte de esa mujer es un bien para mí (bienes y males andan siempre aparejados en la vida), porque, créamelo usted: yo me preparaba á hacer grandes disparates por esa buena moza; ya los estaba haciendo, y habría llegado sabe Dios adónde... ¡calcule usted qué atracción ejercía sobre mí! Me tengo por hombre de seso, y sin embargo, yo me iba derecho al abismo. Tenía para mí esa mujer un poder sugestivo que no puedo explicarle; se me metió en la cabeza la idea de que era un ángel, sí, ángel disfrazado, como si dijéramos, vestido de máscara para espantar á los tontos, y no me habrían arrancado esta idea todos los sabios del mundo. Y aun ahora la tengo aquí fija y clara... Será un delirio, una aberración; pero aquí dentro está la idea, y mi mayor desconsuelo es que no puedo ya, por causa de la muerte, probarme que es verdadera... Porque yo me lo quería probar... y créalo usted, me hubiera salido con la mía.»